

¿Quiénes somos? Sentidos de la revolución y lo cotidiano

Alejandra Oberti

Facultad de Sociología y Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Memoria Abierta

Nota preliminar

En las primeras horas de la mañana del 23 de enero de 1989 escuché por la radio que nuevamente un grupo de militares se había sublevado. Esa vez, que hubiera sido la cuarta desde que en Semana Santa de 1987 se produjo el primer levantamiento militar en reclamo de la suspensión de juicios por violaciones a los derechos humanos, se trataba del Regimiento de Infantería III de la localidad bonaerense de La Tablada. En esos años de comunicaciones más lentas, sin internet ni celulares y con los teléfonos funcionando apenas, la radio era el principal medio para enterarse de las noticias de último momento. A media mañana, con datos más concretos del levantamiento y la certeza de que las fuerzas armadas no dejarían de presionar hasta que lo poco que aun continuaba vigente del accionar de la justicia fuera desmantelado, algunas voces comenzaron decir que no se trataba era un levantamiento militar sino de un ataque guerrillero. Basaban esa afirmación en un hecho en apariencia banal. Entre los atacantes, decían en la radio, se había visto a una persona con el pelo largo, presumiblemente una mujer. “No pueden ser militares, los que tienen mujeres son los guerrilleros” se dijo entonces. La afirmación de algún periodista o locutor que algunas personas comenzaron a repetir casi como

una provocación resultó estrictamente verdadera. Se trataba de un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria que esperaban con esta acción evitar lo que suponían sería un golpe de Estado y entre ellos había mujeres.

Unos años más tarde, la escritora Matilde Sánchez representaría en su novela *El Dock* (1993) la participación de mujeres en ese evento. La evocación llegaba a través de sus efectos más dramáticos: la imagen —transmitida por los medios de comunicación— de la guerrillera muerta que da inicio al relato ficcional y el hijo huérfano que llega hasta la narradora para reconstruir su vida inventándose una familia por fuera de los lazos de sangre.¹

No pretendo aquí referirme a este evento sino simplemente subrayar una doble serie de preguntas que surgen del encuentro entre la frase suelta “los que tienen mujeres son los guerrilleros” —una sentencia que enunciada desde la *doxa* confirma y reafirma un saber popular— y la elaboración de Matilde Sánchez. Por un lado me pregunto, ¿el eco de qué certeza traía a aquel enero la confirmación de que había mujeres entre quienes intentaban tomar el cuartel?, por otro, ¿porqué la presencia de mujeres en una acción armada remite inmediatamente a las relaciones personales, la vida privada, los hijos?

En septiembre de 1970, la revista *Cristianismo y Revolución* publicó un reportaje a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en el cual explicaban su vocación revolucionaria. Apoyados en la tradición del movimiento peronista, invocaban en ese texto la potencia subversiva y la capacidad de organización y movilización de la clase obrera y el pueblo en pos de una liberación que, decían, “trasciende los marcos puramente económicos” en tanto “implica la creación del *hombre nuevo*” y que tendría como punto de partida “la construcción de una organización político-militar revolucionaria que se consolide en una guerra prolongada con la participación masiva del pueblo”. Esa guerra de todo el pueblo incluía también a las mujeres.

CyR: Se ha observado la presencia casi invariable de algunas mujeres en los grupos de acción de las FAP. ¿Qué significado se le da a este hecho?

FAP: Nosotros partimos por principio de una amplia concepción revo-

¹ Nora Domínguez (2007) ha analizado esta novela atendiendo especialmente al modo en que en ese texto la figura maternal no aparece dada por lazos biológicos sino por una construcción laboriosa que realizan el hijo de la mujer muerta y una amiga de ésta. Como parte de ese trabajo los personajes buscan a la vez desentrañar la historia de la guerrillera muerta en combate.

lucionaria de acuerdo a la cual la mujer tiene que tener el mismo grado de participación que el hombre en todos los procesos de la sociedad y, sobre todo, en el proceso de cambiar una sociedad que la ha sumergido en una situación de marginación y dependencia. Es por ello que en las FAP, mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate. Además es la continuación de toda una trayectoria en nuestro movimiento, ejemplificada no sólo por Eva Perón sino también por las medidas concretas del gobierno peronista que elevaron a la mujer argentina en todos los órdenes, especialmente el político (CyR 25, 1970: 20).

Bajo el amparo de una generalidad que indica que el proceso de cambiar una sociedad es tarea de todos y todas, las mujeres fueron recibidas en las FAP, como en otras organizaciones político-militares, tímidamente al principio y de manera cada vez más extensa en los años siguientes. En una época, las décadas de 1960 y 1970, de múltiples rupturas en todo el mundo las mujeres protagonizaron las suyas propias. Entre ellas el feminismo ocupa un lugar, quizás el más destacado, pero no el único. En Argentina, como en otros países de América Latina, muchas mujeres fueron parte de los grupos que concluyeron en que los largos años de autoritarismos y proscripciones —también de injusticia social y explotación— sólo terminarían mediante el uso de la violencia. Se sumaron entonces a diversos tipos de militancias entre las cuales se destacan las organizaciones político-militares. *Mujeres y hombres tenemos el mismo grado de participación en todas las tareas revolucionarias y en todo tipo de responsabilidades, especialmente en la primera línea de combate*, se decía en 1970. Ese fue el modo en que muchas mujeres optaron en esos años por distintos niveles de activismos y revuelta y dejaron a propósito de esa militancia una estela perdurable: *los que tienen mujeres son los guerrilleros* (1989).

La frase áspera y agresiva que en 1989 actualiza el enunciado explicativo de los años setenta muestra a la vez la estela y el signo del tiempo en que fue pronunciada. Porque es atributo de la memoria tener una temporalidad múltiple, se evidencia en ella la complejidad de los procesos de recordar (Jelín: 2002).²

² Elizabeth Jelín (2002) se refiere a los procesos de memoria como un trabajo social de dar sentido e interpretar los hechos del pasado desde el presente. La temporalidad de ese trabajo

Si los primeros años de la transición —marcados por la denuncia y la búsqueda de justicia para los crímenes de la dictadura— no fueron un momento apto para hablar públicamente de la militancia de los años sesenta y setenta, el final de años ochenta, signados por las políticas de impunidad, tampoco. En efecto, en el contexto de revalorización de las instituciones democráticas que se produjo con la vuelta al régimen constitucional, la militancia revolucionaria de las décadas anteriores fue silenciada. La legitimidad de la participación política se expresó en los años ochenta a través de canales diferentes. Entre éstos, el feminismo y el movimiento de mujeres que se hicieron visibles desde los primeros momentos de la transición presentó escasa continuidad con las formas de la militancia de las décadas anteriores (Vasallo M., 2009). Relaciones que se establecen con distintas intensidades en momentos posteriores.³

El ingreso a la escena pública, hacia mediados de la década de 1990, del relato de la militancia comenzó lentamente a plantear nuevos temas y problemas que se han desarrollado de acuerdo a los distintos contextos sociales y políticos (Oberti y Pittaluga, 2012). En ese marco, aunque menos explorada que otros aspectos de la militancia, la presencia notable —en términos de cantidad y también de compromiso— de mujeres en las organizaciones político-militares ha sido objeto de reconocimiento tanto por parte de las protagonistas, como de quienes estudian esas militancias.⁴ Es así que de la mano

es compleja y en ella intervienen diferentes capas de pasado que usualmente se superponen. El campo de estudios sobre la memoria colectiva se ha multiplicado en la última década y en el caso Argentino ha tenido una extensión por demás notable en el estudio del pasado reciente, especialmente en relación a la reconstrucción de los procesos sociales y políticos de las décadas de 1960 en adelante. Se trata de un espacio de debates e investigaciones que se relaciona directamente con la experiencia de la violencia y que, como señala Jelin, apunta tanto a reconstruir el pasado como a “pensar y analizar las presencias y sentidos del pasado en nuestras sociedades” (Jelin, 2002: 2).

³ Con referencia a la dinámica propia que toma el movimiento feminista desde los años ochenta en adelante, Marta Vasallo (2009) señala que éste ha establecido un corte con ese pasado militante aun cuando algunas de sus integrantes hubieran estado vinculadas a las organizaciones políticas y político-militares en los años sesenta y setenta.

⁴ Las características de la militancia en estas organizaciones hacen que resulte muy difícil precisar la proporción de mujeres que las integraron ya que no hay registros, ni formales, ni informales, que permitan inferir siquiera por aproximación un número. Hay coincidencias en señalar que a partir de finales de los años sesenta esos números han ido creciendo para hacerse

de esa escalada creciente de intervenciones que añaden miradas analíticas a la producción referida a la militancia revolucionaria, la frase de 1989 pierde su rispidez para dar lugar a preguntas acerca de las características que asumió la participación de las mujeres y de las consecuencias de esa integración para el modo en que la izquierda ha pensado la subjetividad revolucionaria. Las reflexiones que voy a compartir en este panel refieren a algunas líneas que orientaron una búsqueda por comprender esas dos cuestiones que considero directamente relacionadas.

Algunas consideraciones para repensar la historia de las organizaciones político militares

¿Cómo y en qué términos las mujeres se inscribieron en las estructuras organizativas de Montoneros y del PRT-ERP? ¿En qué medida su incorporación —tímida en los pimeros años y resuelta en la medida que entraba la década de 1970— incidió en las definiciones acerca de cómo imaginaban las organizaciones el proceso revolucionario y a los sujetos que lo llevarían adelante?

La convocatoria a las mujeres osciló entre plantear una universalidad que las reconocía en igualdad con los varones y una particularidad que las condicionaba y las hacía mirarse en imágenes predeterminadas. Llamadas a ser como las mujeres de otras revoluciones (Cuba, Argelia, Vietnam) o a encontrarse en la figura de Eva Perón, las militantes se sumaron a la construcción de movimientos, partidos y ejércitos. Independientemente del modo y la condición con que se las convocara, la militancia las transformó tanto cuanto ellas perturbaron con su género las estructuras políticas y militares donde se insertaron.

Por otro lado, y como dimensión fundante de las identidades militantes, un conjunto de postulaciones teóricas y políticas, de representaciones y metáforas, daban forma a la revolución anhelada tanto como al orden social que imaginaban resultaría de ella. Inescindible de esas concepciones, la figura del

cada vez más notables en lo que avanzaba la década del setenta. A modo de ejemplo cito a Pablo Pozzi quien señala que en 1975 en el PRT-ERP había aproximadamente un 40% de mujeres (Pozzi, 2001: 239). Por otro lado, la distribución geográfica, de clase, por frentes de trabajo y, sobre todo, en las estructuras jerárquicas de las organizaciones no guarda relación directa con esa proporción.

hombre nuevo marcó ritmos y modelos para la actividad política. En ese contexto, una serie de referencias a las mujeres —a la militancia femenina y también a problemas específicos— muestran el modo en que las organizaciones pusieron la diferencia de género al servicio de la construcción de subjetividad militante a la par que se plantearon la necesidad de politizar la vida cotidiana y las relaciones afectivas, incluyéndolas como aspectos de la militancia. Pero, ¿cuáles fueron los alcances y significaciones de esa politización de la vida cotidiana? ¿Significó que la vida privada, la familia y *todo* debería estar puesto en función de las tareas y objetivos de la militancia política fijados por la organización?

Pensar la *politización de lo cotidiano* como una subordinación de las relaciones personales y afectivas a la política implica reproducir la significación tradicional de la política, sus acepciones burguesas. A la vez, dejar lo privado al margen de la intervención política entraña también sostener esa división burguesa naturalizándola. ¿Hasta qué punto las organizaciones político-militares retuvieron una concepción de la política como una esfera separada de la vida privada? ¿Cuánto de esa forma de entender la política habrá incidido en las formas que asumió finalmente la militancia?

1. En el marco de un ideario que no sólo se planteaba transformar las estructuras y las instituciones, sino que además pretendía modificar profundamente la conciencia de los sujetos, la noción de *hombre nuevo* representaba de manera radical aquello que la revolución haría con los individuos y a la vez la necesidad de adelantarse a ese tiempo revolucionario y construir al sujeto revolucionario en aquel presente. El *hombre nuevo* encarnado en la figura del Che Guevara —aunque su génesis sería anterior a las experiencias revolucionarias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX— reunía los valores éticos que todo revolucionario debería tener: el espíritu de sacrificio, la entrega por un ideal, el heroísmo, la solidaridad, la lucha contra el individualismo, la humildad.⁵

En un texto publicado en la revista *La Rosa Blindada* en 1966 Leon Ro-

⁵ Hugo Vezzetti analiza el modo en que la izquierda revolucionaria de la década de 1970 se apropia de la figura del *hombre nuevo* aunque en un sentido diferente del que desarrollo en este texto. Cfr. Vezzetti (2009).

zitchner ya se preguntaba cómo formar “hombres adecuados al *trabajo* de realizar la revolución”. Se trata según señala de encarar una serie de tareas que no deben detenerse en el plano político “sino que deben alcanzar también al sujeto que interviene en él” (Rozitchner, 1966: 3). De este modo, el pasaje de la cultura burguesa a la cultura revolucionaria implicaría enfrentar la permanencia de la estructura burguesa en el individuo mismo que adhiere al proceso revolucionario. A partir de esas definiciones, el texto de Rozitchner explora tanto la necesidad acuciante como las dificultades que se presentan a la hora de producir estas transformaciones ya que —dice Rozitchner— “la burguesía está en nosotros como un obstáculo para comprender y realizar el proceso revolucionario” (*id.*: 8) y en consecuencia los cambios no pueden ser proyectados “sólo a nivel de la objetividad política —que es el plano de la máxima generalidad— sino [que es necesario] *también* convertir en política la propia subjetividad” (*id.*: 13).

La revolución necesita de “hombres revolucionarios” capaces de descubrir la contradicción impuesta por la burguesía entre un mundo privado asociado a lo sensible que estaría separado del ámbito social, que sería externo y racional. Al mantener esta separación, el militante de izquierda se desconecta del proceso histórico que lo produjo y deja a los proyectos revolucionarios librados a racionalidad burguesa:

Así podremos darnos la presunción de actuar, hasta de jugarlos la vida, pero en realidad mantenemos tajante, burguesía mediante, la oposición creada entre el sujeto y la cultura, que es el fundamento de la alienación burguesa. La forma cultural burguesa nos separa, contra nosotros mismos, desde dentro de nosotros mismos (*id.*: 5).

Es así que el desafío para una política revolucionaria consistiría en producir una perturbación o una transgresión que alcance no solo las estructuras sociales sino también las divisiones tradicionalmente admitidas de lo público y lo privado, esto es producir una crítica de esa escisión.

El temprano texto de Rozitchner, titulado sugerentemente “La izquierda sin sujeto”, muestra que las preguntas acerca de la subjetividad de los revolucionarios no son ajenas a la tradición de la izquierda y anteceden y exceden los planteos que harían en relación a este problema en los años siguientes

las organizaciones político militares argentinas. Alain Badiou se refiere específicamente a esta cuestión al caracterizar al siglo XX como el tiempo en el cual las transformaciones no podrían confiarse exclusivamente al propio devenir histórico sino que requerirán de una intervención subjetiva: “el siglo XX es el siglo del acto, de lo efectivo, del presente absoluto, y no el siglo del anuncio y el porvenir” (Badiou, 2005: 83). Cómo sería esa intervención y las características de los sujetos que la llevarían adelante, constituyen parte ineludible de la reflexión política. De ahí que el ideario revolucionario propio del siglo XX no pueda pensarse por fuera del advenimiento de una “subjetividad revolucionaria”:

Ente 1850 y 1929 se pasa del progresismo histórico al heroísmo político histórico, porque se pasa, tratándose del movimiento histórico espontáneo, de la confianza a la desconfianza. El proyecto del hombre nuevo impone la idea de que vamos a obligar a la historia, a forzarla. El siglo XX es un siglo voluntarista. Digamos que es el siglo paradójico de historicismo voluntarista (id.: 31).⁶

La izquierda revolucionaria argentina de los años setenta puede considerarse un capítulo de esa extendida experiencia, de allí que la formulación de Badiou —que enlaza con las preguntas que Rozitchner formulara con extrema lucidez varias décadas atrás— resulta sugerente para pensar la relación entre las formas organizativas (estructuras y programas) y las subjetividades que encarnaban dichos proyectos.

⁶.- Existen numerosas referencias al problema de la conformación de una *subjetividad revolucionaria* en las organizaciones político-militares de argentina en algunas de las intervenciones del debate *No Matar*. La discusión en torno a la relación entre violencia y política que anima esa polémica rodea de manera insistente el problema de los sujetos que ejercen la violencia. Con argumentos que hacen uso tanto de hechos históricos, como premisas filosóficas y cuestiones éticas, los intercambios actualizan antiguos disensos, al tiempo que despliegan nuevas maneras de analizar el problema de la violencia revolucionaria a la luz del nuevo milenio. Se pueden consultar, entre otros, los textos de Elías Palti (2010) quien toma como punto de partida para su intervención crítica las formulaciones de Alain Badiou en *El siglo*. También Blas de Santos en los artículos reunidos en *La fidelidad del olvido* (2006) se refiere al problema de la subjetividad de la izquierda con el objetivo de analizar críticamente los modos en que ésta se ha pensado a sí misma.

En el análisis del derrotero de las organizaciones (marcado tanto por la relevancia que adquieren en los primeros años de la década de 1970 como por su creciente aislamiento) uno de los argumentos que más se ha destacado es el vanguardismo y su correlativa sustitución del sujeto de la revolución por el partido; sin embargo, es preciso al mismo tiempo indagar en la singularidad de esas experiencias (más allá del modelo de intervención política que formalmente proponían) como tejido de complejas relaciones políticas y personales entre militantes. Comprender el proceso de conformación de la *subjetividad revolucionaria* de la izquierda armada de los setenta implica examinar las relaciones que se establecieron entre las formas de hacer política y la constitución de los sujetos que las llevaban adelante. En esa “urdimbre de determinadas relaciones político-personales, y por tanto problema político de primer orden porque es la existencia misma de una práctica política vivenciada pero oculta en las significaciones de las tramas discursivas que la sustentan” (Pittaluga, 2000: 44), se destaca la extensión de un conjunto de prácticas rituales de iniciación, de permanencia y ascenso dentro de la estructura de la organización, la cual se transforma, por una serie de deslizamientos imperceptibles, en un *mundo de vida*. Dichas prácticas rituales iban desde la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” hasta el uso de uniformes militares al momento de las reuniones que lo ameritaban (Mattini, 1996 y Pozzi, 2001); específicos ritos de iniciación —con categorías identitarias como simpatizante, militante, combatiente— que construían estrictas delimitaciones entre el “adentro” y el “afuera”; normas de funcionamiento que se apoyaban en la figura de un militante idealizado, portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto. Esta carga ética otorgaba al discurso político-ideológico una verdad moral a la cual sería indigno sustraerse; el sujeto así interpelado era erigido en agente autónomo portador él mismo de la verdad y responsable de su defensa (Pittaluga, 2001).

2. En un texto de 1980, publicado en la revista *Controversia*, Héctor Schmucler escribió acerca de la significación de los primeros testimonios de sobrevivientes de centros clandestinos de detención, insistiendo en la importancia de difundir y escuchar atentamente esos relatos cuyo alcance es

múltiple ya que no se agota en la denuncia de los crímenes de la dictadura. La narración que hacen los sobrevivientes invita a repensar lo político y a realizar nuevas preguntas que permitan evaluar en qué medida las prácticas que tenían las organizaciones revolucionarias eran tributarias de una concepción burguesa que piensa la política como un campo diferenciado de la vida social. Schmucler encuentra que en el mismo testimonio de los sobrevivientes —cuya materialidad está compuesta por el relato de lo que sucedía en los campos— es posible rastrear las concepciones de la vida y la muerte que tenían las organizaciones revolucionarias. Se trata de un ejercicio temprano realizado en el momento en que las denuncias de los primeros sobrevivientes podían jugar un papel clave para detener los crímenes del Estado y también para plantear acciones de búsqueda. Sin embargo, ya en esa primera formulación de los testimonios, se pueden encontrar elementos para establecer una aproximación (ética, política) al modo en que las organizaciones concibieron lo personal, lo político y la relación entre ambos términos:

La anécdota montonera tiene validez en la medida que refleja una forma de pensar la política por parte de las fuerzas que se llaman revolucionarias. ¿A partir de qué principios se piensa la política? ¿A qué realidad remite? Aun en nombre del materialismo, la izquierda, con frecuencia, genera su práctica desde esquemas estrictamente imaginarios. No es la realidad sino construcciones ideales lo que preside su política.

Pero ¿cuál es la realidad que reivindicamos? Un tanto insolentemente diríamos que es la realidad humana, la del hombre en el mundo. La afirmación puede sonar anacrónica; de tan obvia que parece, ha sido olvidada. Es que para buena parte de la izquierda los hombres concretos también se han vuelto categorías abstractas. La cotidianidad ha sido despreciada para incorporar la existencia en esquemas genéricos que no dan cuenta de lo real.

Este olvido de lo cotidiano —del hombre real— ha construido modelos que no resisten la historia. Los testimonios de los sobrevivientes sirven como estímulo para la reflexión: ¿qué parte del cuerpo se compromete en la acción política? ¿es posible fragmentarlo para elaborar una teoría sobre el heroísmo? (Schmucler, 1980: 4).

Si el cuerpo de los militantes, en sus dimensiones simbólica y material, era tomado en cuenta por las organizaciones revolucionarias fundamentalmente a la hora de constituirse en un medio al servicio de la revolución, en las narraciones de los sobrevivientes que Schmucler selecciona para articular su texto aparecen relatadas vivencias corporales, recuerdos de miedo y dolor, tortura y delación. Esos cuerpos que ayer mismo estaban dispuestos como armas para la guerra, en esta nueva situación, en la que aparecen en toda su vulnerabilidad, se transforman en un *locus* signifiante que le permite al intérprete localizar una zona difusa donde el testigo habla de algo que está más allá de lo que dice. Una potencia del decir que refiere al lugar de la violencia en la política y al modo en que la muerte y la desaparición se hicieron parte de la vida cotidiana de los militantes. Habla acerca de cómo aquella violencia, considerada apenas como un medio para alcanzar el futuro anhelado, pasó a ocupar el centro de la escena. Refiere a la derrota de las expectativas, a la clandestinidad, a la detención, a la muerte, a la desaparición o el exilio a la par que se iba desvaneciendo la confianza en que su militancia colaboraba para que el proceso histórico cumpliera su destino, que no era otro que el triunfo final de las fuerzas revolucionarias.

Schmucler analiza también las consecuencias de aquello que definió como la constitución de la política como técnica:

Cuando se habla de politizar las diferentes esferas de la vida social, suele entenderse como la necesidad de introducir la variable “política” en otras actividades de la vida que, en sí, no serían políticas. De allí que el predominio de lo político se haya constituido, en la práctica, en una subordinación de las múltiples experiencias por las que pasan los hombres en su existencia a lo político como técnica; lo político como una forma específica de acción al margen de aquellas experiencias. La política como técnica confirma la idea de que la existencia de los hombres reales es una suma de elementos fragmentarios. Por un lado está el hombre político; por otro el que desea; por otro el que piensa la producción. Esta desarticulación propia de la imagen que el capitalismo tiene del mundo y que, por lo tanto, trata de reproducirlo en la organización que propone para la existencia es capturada, de hecho, por la izquierda que se pretende revolucionaria. Por ese camino, el héroe se transformará en el sujeto político

ideal y los seres humanos heroicos en los instrumentos más adecuados para la construcción política que se postula. [...] El revolucionario debe alienarse en una ‘otra cosa’ que se llama revolución y que, por lo general, se muestra como una acumulación de hechos materiales o de aparatos de poder al margen de los hombres concretos que sin embargo tienen su única existencia en la forma en que transitan su vida cotidiana. El socialismo suele mostrar sus triunfos contabilizando los mismos datos que mercantilmente ha impuesto el capitalismo como variables indicadores de bienestar. La izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada uno con su cuerpo, cómo modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone (Schmucler, 1980: 5).

Los planteos que realizan León Rozitchner y Héctor Schmucler con relación a la revolución y sus sujetos y al lugar del cuerpo y del heroísmo en la lucha revolucionaria sugieren leer la experiencia de las organizaciones armadas tomando en cuenta las dimensiones subjetivas como inescindibles de la práctica política.

3. Como han señalado diferentes pensadoras feministas, la presencia extendida de mujeres en el ámbito público tiende a desestabilizar la distinción entre la política y la vida privada. Esta distinción, que ha recorrido las representaciones culturales mediante un reparto de atributos que circunscriben lo femenino a un rango inferiorizado, “traza un corte entre las mujeres y la política” (Richard, 2000) a la vez que se constituye en “tecnologías de género” (De Lauretis, 1996)⁷ que expresan y reproducen las ideologías sexuales hegemónicas con sus jerarquías de género implícitas. Sylvia Molloy (2000) sugiere que una manera de perturbar las definiciones de lo que se espera de un varón y una mujer es (re)leer el “texto cultural” a partir del género, no en el sentido de rescatar textos olvidados o mal leídos sino con la intención de

⁷.- Teresa de Lauretis (1996) piensa el género como una representación que es el conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos por variadas y complejas tecnologías sociales y discursos institucionales, de epistemología y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana.

producir fisuras en las lecturas establecidas. En esta propuesta, entonces, no se trata de encontrar otros textos, sino de volver sobre el corpus de materiales producidos por las organizaciones, buscando allí las representaciones de género que proponen.

En un sentido similar, los testimonios de las protagonistas —cuando narran, explican y argumentan la militancia— constituyen un corpus privilegiado para leer el modo en que funcionaba la relación entre lo público y lo privado y la relación entre política y vida personal. Los dispositivos narrativos puestos en juego en los relatos testimoniales refieren a las representaciones sexuales y corporales, la transmisión entre generaciones, la vida cotidiana, la sexualidad, las relaciones entre los sexos, la maternidad.

La utilización de la categoría de género para abordar las representaciones de violencia y memoria implica enfatizar su perspectiva histórica y relacional. El punto de vista que sigo se deslinda tanto de las interpretaciones reductivas (el género como indagación de la construcción cultural de lo masculino-femenino ligada a los “estudios de la mujer”, por ejemplo), como de aquellas formulaciones que la subordinan a otras categorías consideradas más “centrales” (que, por lo tanto, no le conceden una real legitimación en los diversos campos de conocimiento). Desde una perspectiva más amplia, el recorrido establece lecturas *desde* el género y no *en* y *sobre* el género, en consonancia con otras categorías identitarias (sociales, sexuales, generacionales, nacionales), fortalece el cruce con otros discursos y problemáticas y de este modo potencia su capacidad de intervención en la lucha por el sentido, de modo similar al que postula Judith Butler. La noción de *performatividad* de esta autora, en tanto “esfera en la que el poder actúa como discurso” (Butler, 2002: 316), esto es, entendida no como acto individual y voluntario de un individuo sino como una serie de prácticas ritualizadas y reiteradas en el tiempo por medio de las cuales el discurso produce los fenómenos que nombra, resulta decisiva en esta argumentación: “las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual...” (Butler, 2002: 18). De aquí que Butler sostenga que el género no es una identidad fija y predeterminada sino más bien “una identidad instituida por una *repetición estilizada de actos*” (Butler, 1998: 297).

4. Extraer de los cuerpos todo lo que estos puedan dar, constituyó la consigna para aquellos varones y mujeres que estuvieran dispuestos a entregar su vida por la causa revolucionaria. Sin embargo lo extremo de la exigencia tiene diferencias ya sea que se trate de cuerpos femeninos o masculinos, y los discursos de las organizaciones no son ajenos a esta disparidad. Ciertamente en el marco de la lucha revolucionaria ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria más, que debía ser llevada a cabo sin descuidar todas las otras, pero la maternidad es una práctica social en la cual las mujeres tiene una tarea indelegable: el embarazo y el parto, por lo menos. No se trata de una oposición banal o simplificadora respecto de una posición masculina o femenina, ni de responder a un supuesto patrón de género sino de señalar que el dilema entre cuerpo e identidad se hace presente repetidamente en los testimonios actuales de mujeres militantes cuando recuerdan e intentan explicar los alcances de su militancia.⁸

Mujeres embarazadas, madres recientes, madres de niños pequeños participaron activamente en distintas militancias, incluidas las acciones armadas. Como reza Moral y proletarización, la promesa de la sociedad futura valía que se corran todos los peligros, compensa todos los sacrificios:

Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado [...] es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos". (MyP, 1972: 3)

La estetización de la violencia presente en la descripción de la madre vietnamita se conjuga con una subjetivación donde el compromiso con la

⁸.- En esta presentación no me detendré en los modos en que los relatos testimoniales refieren a las tensiones presentes entre vida cotidiana y militancia. He analizado extensamente testimonios de mujeres militantes en relación a esos tópicos en *Las revolucionarias* (Oberti, 2015). En esta ocasión tomo como punto de partida las conclusiones de aquel texto.

revolución implica el borramiento de sí en el colectivo. O como señala Evita Montonera al referirse a la muerte en combate de Andrés Osatinsky ocurrida en marzo de 1976, la edificación de la sociedad nueva implica también una nueva familia.

Sin embargo, los ejércitos que crearon estas organizaciones no se adaptaban al modelo que consiste en ejecutar con precisión reglamentos y planes militares. Los testimonios de la militancia dan cuenta de los desvíos en relación a lo que sería efectivamente un ejército, muestran los modos en que el programa revolucionario y la instrucción militar eran subvertidos por el mismo modo en que los sujetos se integraban a la militancia; esto es, implicando en ella todos los aspectos de la vida.

Con la multiplicación de relatos de la militancia que se produjo en las últimas dos décadas, creció también la presencia de voces femeninas y con ellas la aparición de narraciones que da cuenta de cómo funcionaba la relación entre la vida personal y la política. Ayudan a comprender la cotidianidad militante y explican cómo se insertaron las mujeres en el espacio político singular de las organizaciones político-militares.

La mayoría de los testimonios presentan un modo de asumir la militancia en el cual aquellos valores asociados tradicionalmente a la socialización de las mujeres y que implican estar atentas y dispuestas a ciertas actividades antes que a otras, se interrelacionan con las prácticas militantes. Y éstas, a su vez, están influenciadas por el modo en que las organizaciones armadas concibieron las relaciones entre los géneros. Se apropian de la militancia conjuntamente con las prácticas femeninas tradicionales, produciendo una identidad fragmentaria y dividida.

Dar cuenta de sí mismas

En ese escenario complejo, las formas femeninas de la militancia en las organizaciones armadas constituyeron un exceso en relación a distintos modelos de mujer, pero también a lo que las organizaciones mismas podían contener. Con sus acciones las militantes pusieron en cuestión el sentido común de lo que *puede hacer* una mujer y en el mismo movimiento cuestionaron lo que *es ser* una mujer. Teresa de Lauretis (1996) señala que representarse como varón o mujer implica asumir la totalidad de los efectos de esos significados, a la vez que subraya que esas representaciones son parte central del

proceso —continuo y situado en una infinidad de lugares sociales y discursos institucionales— mediante el cual el género se construye. Y las militantes, con sus prácticas que las situaban alternativamente en diversas posiciones, contribuyeron a desestabilizar el género respecto de sus caracteres normativos.

En este punto, es necesario agregar que, al ocupar el lugar de *agente*, aun cuando no lo hicieran desde o en nombre de su género, las militantes transgredieron las normas y los límites sostenidos en siglos de dominación patriarcal y constituyeron para sí una praxis. Françoise Collin señala en su lectura del concepto de praxis en Hannah Arendt que “la praxis debe distinguirse meticulosamente de la *poiesis*: la *poiesis* es la fabricación a partir de un modelo, mientras que la praxis es la constitución de lo que no tiene modelo, un «ir hacia» lo que todavía no es, una iniciativa sin garantía” (2006: 13). Es decir, no se trata de poner en práctica un plan prefijado y anterior a la existencia de los sujetos, sino de pensar en una subjetividad que se forma en el marco de la acción. En este sentido, se puede señalar que el ejercicio de poder por parte de las militantes, aunque no se inscriba en una lógica de “liberación de la mujer”, implica praxis y como tal un proceso de subjetivación que las desplaza del lugar tradicional. En el mismo sentido, el ejercicio de la responsabilidad en el presente implica además también una praxis. En ambos casos la evidencia del género es perturbadora.

La figura de la guerrillera —que, aunque está presente en los inicios de las acciones armadas urbanas a través de Norma Arrostito, toma cuerpo definitivo a medida que las prácticas de las organizaciones se militarizan— aparece en un lugar desplazado en relación a lo que se esperaba de una mujer, ya sea operando un arma, planificando una operación, en la clandestinidad o robando un auto. Actúa el género femenino dándole un sentido nuevo en tanto deshace la coherencia que se espera de un género en el punto crucial del espacio público.

En esa línea, las organizaciones crearon ejércitos desviados de lo que se espera de una máquina de guerra, cuyos integrantes, también desviados, estaban movidos por el deseo antes que por el deber. Ejércitos formados por hombres jóvenes, la mayoría sin entrenamiento militar y por mujeres, algunas embarazadas, madres y padres de niños pequeños que se lanzaron al mundo viril de la acción impulsados por el deseo. Construyeron parejas y familias, vivieron en casas operativas borrando las fronteras entre el adentro y el afue-

ra, el hogar que idearon asumió formas distintas de aquellas que lo imaginaban como el refugio de quien volvía de la batalla.

La incorporación de las mujeres a la militancia en las organizaciones armadas pone en cuestión el sentido común de lo puede hacer una mujer y lo que es ser una mujer. Pero a la vez los discursos de las organizaciones muestran narraciones que constituyen “tecnologías de género”, reproductoras, en cierta medida, de aspectos de la desigualdad sexista. Estas tecnologías operaron mediante mecanismos propios de los discursos institucionales con poder para controlar el campo de significación social y entonces producir, promover e implantar representaciones de género. Sin embargo, como ya dije, pero conviene reiterar, las militantes con sus prácticas (armadas, militarizadas, proletarizadas) atravesaron diversas posiciones contribuyendo a vaciar el género de caracteres universales, fundantes y normativos. Y es que “los términos de una reconstrucción diferente de género también subsisten en los márgenes de los discursos hegemónicos” (de Lauretis, 1996: 25).

La revolución deseada por quienes militaron en las organizaciones armadas se reveló tímida, limitada y problemática (en lo que hace a las relaciones de género pero no solamente) en el mismo momento en que se jugaba su destino. La experiencia que las mujeres hicieron en esos ámbitos implicó, sin embargo, un modo de alterar el género aunque el tiempo, los resultados y las lecturas críticas que de ella se han hecho la mostraron inadecuada en ese punto. Inscriptas en una época donde las transformaciones propias de la modernización de la sociedad argentina se sumaban a un feminismo incipiente que no terminaba de decir su nombre, las militantes protagonizaron el conflicto de género de un modo excéntrico. La asunción de la violencia como método las excedió porque fue parte de las condiciones de la época, pero también las atravesó. Pusieron en cuestión el estatuto cultural de inferioridad física femenina a través de prácticas corporales que lo desafían (entonces y ahora); plantearon que la política les compete; discutieron en pie de igualdad hacia el interior de las organizaciones y en un espacio público que todavía las desconocía. Hacerse cargo de lo que hicieron y dar cuenta de sí mismas en lo que quisieron e imaginaron, en la acción y en sus consecuencias es parte de una construcción del género que se desplaza de la posición subordinada, se pone en acto y pasa a ser otra cosa, a estar en un lugar distinto que desborda el dispositivo jerarquizado de los espacios femeninos y masculinos.

Algunas interrogaciones que no siempre provienen del relato principal, sino desde lugares como el género o la generación. Las preguntas acerca de las prácticas y apuestas políticas de quienes militaron en los años sesenta y setenta, especialmente aquellas que se permiten ir más allá de las versiones establecidas, interrumpen la repetición y dan lugar a la aparición de una subjetividad que a la vez que retiene los atributos del pasado, asume nuevas posiciones. Y puede entonces hacerse cargo de acciones y decisiones y con eso dar cuenta de sí (Butler, 2009).

Bibliografía

- Badiou, Alain (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- Butler, Judith (1998). Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *debate feminista*, 18. México.
- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Collin, Françoise (2006). *Praxis de la diferencia. Liberación y libertad*. Barcelona: Icaria.
- De Lauretis, Teresa (1996). La tecnología del género. *Mora*, 2. Buenos Aires.
- Domínguez, Nora (2007). *De dónde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Jelin, Elizabeth, (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Mattini, Luis (1996). *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. La Plata: La Campana.
- Oberti, Alejandra (2015). *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setentas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Oberti, Alejandra y Roberto Pittaluga (2012). *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*. Santa Fe: María Muratore.
- Pittaluga, Roberto (2000). La historiografía sobre el PRT-ERP. *El Rodaballo*, 10.
- Pittaluga, Roberto (2001). Nociones de la revolución en el PRT-ERP. Ponencia presentada en las *VIII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*. Universidad Nacional de Salta.
- Pozzi, Pablo (2001). “*Por las sendas argentinas...*”. *El PRT-ERP. La guerrilla*

- marxista*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Richard, Nelly (2000). Revueltas femeninas y transgresiones de símbolos. *Revista de Crítica Cultural*, 21.
- Rozitchner, León (1966). “La izquierda sin sujeto”. En *La Rosa Blindada*, 9. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.rosa-blindada.info/b2-img/> (Acceso 12/10/2013)
- Sánchez, Matilde (1994). *El Dock*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Schmucler, Héctor (1980). Testimonio de los sobrevivientes. *Controversia*, 9-10.
- Vasallo, Marta (2009). “Militancia y transgresión”. En Andrea Andújar et al. (comps.). *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina*. Buenos Aires: Luxemburgo.

Documentos citados

- Reportaje a las FAP. [1970]. En *Cristianismo y Revolución*, 25.
- Un Montonero no se entrega. [1976, abril-mayo]. *Evita Montonera*, 13.
- Ortolani, Luis. [1972]. *Moral y proletarización*. Reproducido en *Políticas de la Memoria* N° 5, (2004/5) Buenos Aires, verano. [Originalmente publicado con el seudónimo Luis Parra en *La gaviota blindada*, N° 0, Rawson]